

Tener un cuerpo

de Diana I. Luque

A mi familia.

Tener un cuerpo formó parte de un programa triple de lecturas dramatizadas junto a *Fictionality Shows* y *La imagen de los sometidos*, bajo la dirección de José Troncoso, con interpretación de Felipe Andrés, Cristina Palomo y José Troncoso, el 30 de abril de 2014, en Teatro La Guindalera de Madrid. Natalia Quintero dirigió una nueva lectura dramatizada en el Teatro de la Ciudad de Monterrey, México, en el marco de la Semana de la Dramaturgia Nuevo León 2015, el 11 de octubre de 2015, con interpretación de José Luis “Yogui” Garza y Mariana Cañedo.

El texto ha sido publicado por la editorial griega IASPIS en 2014, dentro de la edición de Stylianos Rodarelis de piezas de teatro español contemporáneo *Pasiones imposibles: obras cortas*. El texto ha sido revisado para su publicación en el número 3 de la revista Red Escénica (Enero-Abril 2015).

(Dos sillas. Una venda elástica y dos abrazaderas para tubos. Un ventilador. Una Vogue. Unos vaqueros slim negros. Una bata blanca. Un cubo con (falso) hielo y unas medias de compresión. Un bisturí. Un Rolex. Y ANDREW, claro.)

ANDREW.- Buenas tardes. Bienvenidos. Soy Andrew Newman y estoy aquí para hablarles de mi experiencia como corredor paralímpico profesional. Les pido perdón de antemano por no haber dedicado mi vida a nada más interesante. Hace un par de años quise ser astronauta, pero no me dejaron. Me retiré hace cuatro temporadas –deben de haberlo visto en las noticias– y desde entonces me dedico a hablar sobre... ¿cómo lo hemos llamado esta vez? “Tener un cuerpo” (*Bufido burlón.*) Como se pueden imaginar, siempre hablo de lo mismo. Llevo desde los treinta y ocho viviendo de esto... Ahora tengo cuarenta y dos, así que creo que no me va tan mal.

Correr. Correr ha sido siempre una de mis grandes aficiones. Las otras dos han sido los recortables y hacer de minusválido. De pequeño, todas las revistas de mi casa estaban llenas de brazos y piernas sin cuerpos. Los cuerpos solían acabar en mi álbum de fotos. Cientos y cientos de torsos ordenados uno tras otro, por colores, tamaños, abundancia de vello en el pecho; en orden creciente, decreciente, aleatorio, en *collage*... Las extremidades seguían estando ahí, en las revistas. A mi madre le resultaba inquietante. Y a mí también: ¿para qué las conservas si están destrozadas?

Me fascinan los cuerpos amputados desde que tenía diez años. Había un chico en mi clase que sólo tenía una pierna, pero se las arreglaba perfectamente con muletas. Yo cogía un par de palos y hacía carreras con él a la pata coja. Él siempre me ganaba, –por

algo tenía más experiencia que yo en esto de ser cojo— aunque yo era el que más corría de todo el colegio... después de él.

No tengo piernas por decisión propia.

Siempre habían estado ahí, es verdad, aunque nunca me resultaron indispensables. Las usaba, claro; para algo las tenía. Pero, lo que para muchos es una comodidad, para mí suponía una molestia. Un defecto. No es que lo fuesen *per se*. No estaban arqueadas, ni atrofiadas y, por suerte, tenía el pie correcto al final de cada una de ellas; sin callos, además. Pero eran molestas. No sé si me explico, a veces me cuesta hacerlo: he batido la marca de los cien metros lisos y de salto de altura *sin ellas*.

Estuve muchos años considerando varios métodos para amputármelas yo mismo. Entraba en foros de Internet y chateaba con... Lo están pensando, se les ve en la cara. He estado internado, sí, y me han sometido a terapias. Tantas, que he perdido la cuenta de las veces que he explicado a psicólogos y psiquiatras que, sencillamente, no quiero tener piernas. Y ellos han insistido, claro, porque son profesionales y llegan al fondo de cuestiones “ilógicas” como ésta: me hicieron tests, pruebas, escáneres... y años más tarde llegaron a la conclusión, científica e irrefutable, de que no quiero tener piernas. Y de que estoy mentalmente sano. Por eso les cuesta tanto comprender por qué lo hice...

La primera vez usé una venda elástica y dos abrazaderas para tubos. (*Las muestra. Se sienta.*) Puse la venda alrededor de mi pierna izquierda, (*Lo hace.*) enganché las abrazaderas... y fui apretando un poco cada cierto tiempo... —No se preocupen. Estas piernas no me duelen—. Fui apretando un poco cada cierto tiempo, durante horas. El dolor era insoportable. Me presenté en urgencias con la pierna morada, hinchada y con coágulos internos. Pero no logré provocarme lo que los médicos denominan “daños irreparables”. Tenía veintiséis años y era una proeza del atletismo. Mi entrenador pensó que había intentado tullirme para dejar de competir. ¿Cómo llegó a

esa absurda conclusión? Cualquiera sabe. Yo vivía por y para el atletismo. Los médicos me advirtieron: la pierna podría haberse gangrenado, podría –literalmente– haberme matado. Mi entrenador estuvo casi una semana sin dormir. Llevábamos seis años trabajando juntos, y habían surgido lazos de afecto y confianza entre nosotros... Él confiaba en que ganase las Olimpiadas. Yo también. A él le afectaba económicamente que yo me cortase una pierna. A mí no haberlo conseguido.

Lógicamente, la noticia saltó a los medios y se empezó a especular con todo tipo de disparates, desde un intento fallido para cobrar el seguro multimillonario –que no tenía– hasta un supuesto ataque de locura. Mi favorito se publicó en un periódico sensacionalista británico, según el cual, mi entrenador se habría presentado en mi casa con una sierra mecánica al enterarse de que quería despedirle.

Estuve un mes ingresado en el hospital, y después dos semanas más alejado de las pistas, de mi casa y de mi hija; internado en un psiquiátrico, en el que me sometieron a todo tipo de pruebas para determinar, por primera vez, que no estaba loco. Me aconsejaron semanas de reposo absoluto, lo que resulta bastante estresante para un corredor profesional con las Olimpiadas a la vuelta de la esquina. Semanas que me esforcé por sobrellevar como buenamente pude, sentado en una tumbona en mi chalet de la playa, con la brisa del mar en la cara y mi hija correteando alrededor, mientras me dedicaba a uno de mis *hobbies* favoritos. (*Enciende el ventilador, se recrea con el aire en la cara y empieza a recortar una Vogue.*) Nadia tenía entonces cuatro años. Por supuesto, ella no se acuerda de lo que pasó. Sólo de que su padre estuvo con ella más tiempo de lo habitual. Recortando y tostándose al sol.

Nadia acaba de cumplir veintiuno. Es hija única y huérfana desde los diez. Su madre, mi esposa, murió en una operación rutinaria de abducción de grasa.

Mi hija presume de haber sido portada de *Vogue* con sólo trece años y del reportaje interior de seis páginas llenas de fotos y declaraciones sobre qué es y qué no es “cool”. (*Lee la revista que está recortando.*) “Nadia ya ha descubierto cómo gestionar adecuadamente su armario ropero”. Según *Vogue*, mi hija es –cito textualmente– “un icono de estilo, con labios de fresa, fiebre de uñas y sobredosis de color” –fin de la cita. Su tienda favorita es Cool Clothes. (*Lee.*) Cito nuevamente: “Aunque es un poco cara, sé que saldré de allí con algo a la moda. Comprando en Cool Clothes la probabilidad de cometer un error se reduce a cero: puedo lucirme en público sin miedo a quedar mal”– fin de la cita. Un poco más abajo, Nadia habla de los vaqueros *slim* negros que se compró en febrero: estos. (*Los deja sobre la otra silla, juega con ellos haciendo que se crucen de piernas, etc. Después, lee impostando la voz, sin ánimo de burla.*) Cito textualmente: “Al principio me gustaban, pero cuando me los probé en casa, me quedaban demasiado apretados. Luego vi a la prota de esa peli de miedo tan *cool* con unos...” Mierda. Perdonen. (*Busca entre los torsos que acaba de recortar.*) “pestañas de muñeca...” “conseguir un culo diez...” “Las niñas bonitas se ponen guapas...” “vaqueros *slim* y...” Lo encontré. “la prota de esa peli de miedo tan *cool* con unos vaqueros *slim* y, ¡madre mía, eran *mis* vaqueros de Cool Clothes! Desde entonces somos inseparables”. La cita continúa, pero no merece la pena seguir con esto.

Siempre he pensado que mi hija era un... estereotipo. Las veces... las pocas veces que fui a recogerla al colegio me aseguraba de tener su foto a mano, por si me veía en la tesitura de tener que distinguirla del resto. (*Busca a su hija entre un imaginario tropel de colegialas.*) Mi hija vestía de uniforme pero sin el uniforme: la misma ropa, los mismos recogidos de pelo, la misma forma de hablar, y ese aire suspicaz de quien observa el mundo encaramada a unos Manolos en vez de a unas Victoria. (*Sigue buscando a su hija. Preocupado, mira la foto publicada en Vogue.*

Imposta la voz y llama: “Papá”. Se gira hacia los pantalones, como si acabase de verlos.) Ésa era ella: inconfundible.

Con doce años, mi hija soñaba con lo que sueñan todas las niñas a esa edad: ser descubierta. ¿Para qué? Para crecer. Nadia no quería crecer hacia arriba, sino en todas direcciones. Y no me refiero físicamente, sino socialmente, claro. Físicamente aspiraba a tener las piernas más largas y el cuerpo más sinuoso que la genética y las hormonas le pudieran proporcionar. A los doce años, el cuerpo de mi hija ya era un objeto artístico que ella misma se encargaba de cuidar, adornar y exhibir. Labores a las que dedicaba la mayor parte del tiempo. Con cinco asignaturas pendientes, dos cursos repetidos y un padre que nunca acudía a las reuniones, los profesores le auguraron un futuro poco prometedor. Y para asegurarse de que así fuera, la expulsaron del colegio. *(Arroja los pantalones lejos.)*

[...]